

## Desplazamiento y pobreza en el barrio Nelson Mandela de Cartagena

Natalia Quiceno Toro

Recibido: 09/06/2010

Aceptado: 30/07/2010

### RESUMEN

En los contextos de asistencia el tema del hambre y la alimentación parece estructurar parte importante de la vida cotidiana. En este artículo nos acercamos, desde el caso del Barrio Nelson Mandela, a la experiencia de la alimentación mediada por la intervención de diferentes organizaciones de asistencia. La preocupación en este trabajo no se enfoca en los debates sobre la eficacia o no de la ayuda y los procesos de intervención para la “superación” de la pobreza y el hambre. Se trata más bien de analizar las formas de cómo toma lugar esta intervención en un barrio y cómo en esa dinámica se elaboran representaciones sobre los sujetos de la ayuda.

**Palabras Claves:** Desplazamiento Forzado, Cartagena de Indias, Pobreza, Asistencia Social.

### Poverty Management and Everyday life in Nelson Mandela Neighborhood

### ABSTRACT

In this article we approach from the case of Barrio Nelson Mandela, to the experience of feeding mediated by the intervention of aid organizations. The concern of this work is not focused in the discussion about the effectiveness or

---

\* El artículo forma parte de los resultados de la tesis de grado para optar al título de Antropóloga en la Universidad de Antioquia. Se contó con la asesoría del profesor Robert Dover. El trabajo de campo en el cual se basa esta reflexión fue realizado durante los últimos 4 meses del 2002. El Barrio Nelson Mandela está ubicado en el suroccidente de la Ciudad de Cartagena de Indias en la región del Caribe Colombiano.

\*\* La autora pertenece al grupo de investigación “Cultura, violencia y territorio” del Instituto de Estudios Regionales, INER, Universidad de Antioquia, Colombia. E-mail: nataliaquiceno@yahoo.es

not of the aid, and the intervention processes to fight poverty and hunger. It is about the ways in which this intervention takes place daily in a neighborhood and how in that dynamic representations are made on the subject of aid.

**Key Words:** Forced Displacement, Cartagena de Indias, Poverty, Social Assistance.

## 1. Introducción

En el barrio Nelson Mandela, donde se conjugan formas de exclusión y pobreza históricas con fenómenos asociados a la guerra -como el desplazamiento forzado-, son ejecutados numerosos proyectos de asistencia, enmarcados en políticas globales de “cooperación para el desarrollo”. Tanto el marco global desde donde opera la asistencia, como la continua llegada de población desplazada desde otras ciudades colombianas y su reasentamiento en barrios como el Mandela, configuran un escenario propicio para analizar cómo desde la “ayuda” se definen representaciones de los “otros” marginales y cómo los pobres se convierten en asistidos.

El trabajo de grado “Metáfora de un país: Barrio Nelson Mandela entre el desplazamiento y la pobreza”, tuvo como objetivo principal analizar las formas que tomaban los diferentes proyectos de intervención y asistencia social en este barrio de Cartagena y, cómo éstos eran recibidos y negociados por sus habitantes. En su desarrollo se evidenció el tema de la alimentación como uno de los aspectos de la cotidianidad del barrio más mediados por los diferentes proyectos de asistencia; en ese sentido argumento que estos proyectos transforman la experiencia que los habitantes tienen con su alimentación y exploro cómo la vida cotidiana del barrio y sus habitantes, se encuentra mediada por los proyectos de asistencia social en materia de alimentación.

Cartagena, la ciudad heroica, es la imagen del Caribe turístico que inspira belleza y diversión, una imagen que ha sido

cuidadosamente construida y diseñada para vender la ciudad como un destino turístico a nivel nacional y en el exterior. Sin embargo, la realidad que encarna para sus habitantes es muy diferente; ellos hablan de dos ciudades: la Cartagena patrimonial y heroica, y la “otra Cartagena”, una que no tiene bienes patrimoniales de interés para ser incluida en los planes turísticos, carece de mar, playas y murallas; se habla de ella como la ciudad “popular”, denominación que no sólo esconde la parte de la ciudad que no se corresponde con la imagen proyectada y se hace invisible para los turistas, sino que también delimita geográfica y socialmente la marginalidad y la exclusión en Cartagena.

El barrio Nelson Mandela está ubicado en la zona sur occidental de la ciudad, entre las comunas 14 y 15; es uno de los barrios con mayor concentración de población desplazada. Este barrio, que surge a mediados de la década de los 90 con la intensificación de la violencia en regiones como Urabá, sur de Bolívar y los Montes de María, cuenta con una población cercana a los 40.000 habitantes y se divide en 26 sectores, -incluyendo al barrio aledaño Villa Hermosa-, distribuidos en aproximadamente 56 hectáreas (Organización Panamericana de Salud, 2002). El nombre de Nelson Mandela surge como resultado del proceso de acompañamiento que el líder palenquero Dionisio Miranda desarrolló en el barrio; fue así como se nombró el barrio en homenaje al líder sudafricano, quien libró una importante lucha contra el Apartheid. El carácter de resistencia que identificaba el barrio y la presencia de población negra se conjugaron en el nombre de Nelson Mandela. (Universidad de Cartagena, 2004).

En el 2002, cuando se desarrolló esta investigación, no se debatía el tema de los derechos de las víctimas ni estaba en la agenda el asunto de una reparación integral. En ese momento empezaban a surgir movilizaciones importantes en torno a la categoría de desplazado como herramienta para reivindicar los derechos vulnerados en medio del conflicto armado y las pérdidas que esto conlleva. Sin embargo, en este panorama aún no se reconocía la categoría de víctimas del conflicto, como sucede en la actualidad en el marco de la visibilización por medio de instancias como la Comisión Nacional de reparación y Conciliación (CNRR) y

las organizaciones de víctimas. Es así como pobres y desplazados en el barrio Nelson Mandela del 2002, encontraban pocos marcos de reclamación para ubicarse de manera diferente ante el Estado, las agencias de cooperación y las ONG que llegaban al barrio con propuestas de ayuda e intervención.

Los pobladores del barrio y las organizaciones sociales planteaban demandas que trascendieran la asistencia social; sin embargo el hecho de que Nelson Mandela se convirtiera en un barrio insignia de la asistencia y la ayuda humanitaria reducía la discusión a la típica frase “¿que reclaman? Si todas las ayudas son para Mandela”. Esta frase enmarca los debates sobre la forma como la asistencia social desactiva las demandas de los pobladores, definiendo sus necesidades y “satisfaciéndolas” temporalmente sin contribuir a un cambio de las condiciones y situaciones que ha llevado a estas personas a la pobreza. Así, en medio de procesos de administración de la pobreza se reconfiguran las prácticas de ciudadanía de aquellos definidos como “beneficiarios”, sus formas de movilización y reivindicación de sus derechos e incluso las formas de representarse a sí mismos como personas vulnerables y sujetos de ayuda.

El acercamiento al tema se desarrolló a partir de un enfoque etnográfico. Se realizó un trabajo de campo intensivo durante el cual se hicieron entrevistas con los beneficiarios de los proyectos, los promotores y los profesionales participantes de dichos proyectos. Adicionalmente, se realizó observación participante y acompañamiento en los comedores comunitarios del barrio. La perspectiva de quienes son sujetos de la ayuda permitió comprender las formas en que las personas perciben, padecen y satisfacen sus carencias y, como lo plantea Ortega, para el caso de las víctimas y la violencia también como “la absorben, la sobrellevan, la articulan a su cotidianidad, la usan para su beneficio, la evaden o coexisten simplemente con ella. (Ortega, 2008:39)

Siguiendo con Ortega y su preocupación por los modos en que las violencias “configuran la subjetividad y a la vez son configuradas –y susceptibles de ser transformadas– por las acciones particulares y de las comunidades” (Ortega, 2008: 39), reconocemos la importancia de abordar la dimensión cotidiana de la pobreza desde

la perspectiva y la experiencia de los señalados como “pobres” o “vulnerables”. En este sentido entendemos que la experiencia de estos sujetos no está desligada de las formas como se administra la pobreza, se apropian las nociones que permiten movilizar ayuda y se resisten a sus lógicas de victimización. Interesa, por lo tanto, identificar las formas de subjetivación que se producen en un contexto de precariedad, pérdida y necesidad. En medio del encuentro entre proyectos e iniciativas de ayuda humanitaria alrededor de la alimentación en Nelson Mandela y su población beneficiaria, exploramos los significados que se configuran alrededor del pobre, desplazado y necesitado.

En una primera parte abordaremos algunos debates sobre la pobreza enmarcada en las críticas al desarrollo y los enfoques del postdesarrollo. En un segundo aparte se plantea el contexto de la ayuda humanitaria en Nelson Mandela, y la ubicación del tema de la asistencia y la ayuda en la cotidianidad del barrio, para identificar cómo se va configurando ese sujeto subdesarrollado, pobre y malnutrido a través de la ayuda. Finalmente, se propone una reflexión sobre la necesidad y las políticas de representación de los sujetos enmarcados bajo esta condición. Donde, en muchos casos, se despoja de toda agencia a los sujetos de la ayuda.

## **2. La pobreza en los debates del desarrollo y postdesarrollo**

En occidente se ha configurado una idea de pobreza que como efecto social trasciende los límites de las carencias materiales y clasifica al “pobre” como un sujeto incapaz de ejercer su autonomía. La configuración de esta idea de pobreza, ha estado muy relacionada con los procesos de “ayuda” e intervención ligados al discurso del desarrollo. “A partir de la década de 1950, se inician los programas de desarrollo y superación de la pobreza. Estos programas parten del supuesto de que los pobres son subdesarrollados e incapaces de definir sus intereses. Así, aunque se acepta que la pobreza varía culturalmente, se asume que el crecimiento económico es indispensable para erradicarla”(Laguado, 2002: 352).

Arturo Escobar en su texto *La invención del Tercer Mundo* (1996) aborda en detalle esta relación. Plantea cómo el surgimiento y consolidación del discurso del desarrollo en el comienzo de la segunda posguerra, están profundamente ligados con “la problematización de la pobreza”. Esa problematización de la pobreza da nacimiento a lo que se podría denominar la pobreza a escala global, una nueva forma de pobreza que no tenía existencia en anteriores concepciones y tratamientos al tema. Se destaca entonces la ruptura en “las concepciones y la administración de la pobreza, primero con el surgimiento del capitalismo en Europa y luego con el advenimiento del desarrollo en el Tercer Mundo” (Escobar, 1996: 53). Lo que se experimenta en aquella ruptura es la “modernización de la pobreza”, la cual significó la ruptura de relaciones tradicionales y la introducción de nuevos mecanismos de control. Es decir, en “la modernización de la pobreza” se vive la transformación de los pobres en asistidos; los pobres se configuran en ese nuevo panorama como “un problema social que requería nuevas formas de intervención en la sociedad” (Escobar, 1996: 53).

El discurso del desarrollo es presentado por Escobar como “la creación de un dominio de pensamiento y de acción [el cual] ha producido un aparato muy eficiente para producir conocimiento acerca de ejercer el poder sobre el tercer mundo”, así, a través del conocimiento, de la profesionalización del desarrollo y la institucionalización de sus prácticas, el discurso del desarrollo ha desplegado un “régimen de gobierno sobre el tercer mundo”. La pobreza como objeto central del discurso del desarrollo se configura así como un frente de acción que permitiría la intervención en el Tercer Mundo. “El tratamiento a la pobreza permitió a la sociedad conquistar nuevos territorios. Tal vez más que el poder industrial y tecnológico, el naciente capitalismo y la modernidad dependían de una política de la pobreza cuya intención era no sólo crear consumidores sino transformar la sociedad convirtiendo a los pobres en objetos de conocimiento y administración” (Escobar, 1996: 54)

En las críticas propuestas al paradigma del desarrollo, Escobar señala el surgimiento de la noción de *postdesarrollo*, marcada por obras claves como *The Development Dictionary* editado por Wol-

fgang Sachs (1992) y *The Postdevelopment reader* de Rahnema y Bawtree (1997). Escobar reconoce una relación importante entre el enfoque postestructuralista, la crítica al desarrollo y el surgimiento de la noción de postdesarrollo: “el motivador principal de la crítica postestructuralista no fue tanto el proponer otra versión del desarrollo –como si a través del refinamiento progresivo del concepto los teóricos pudieran llegar finalmente a una conceptualización verdadera y efectiva- sino el cuestionar precisamente los modos en que Asia, África y Latinoamérica llegaron a ser definidas como “subdesarrolladas” y, por consiguiente, necesitadas de desarrollo” (Escobar, 2005: 18). En este marco surge la noción de postdesarrollo comprendida no como una fase histórica diferente sino como un horizonte epistemológico donde “el desarrollo ya no sería el principio organizador central de la vida social” (Escobar, 2005: 19).

Entre otras características, la noción del postdesarrollo apunta al reconocimiento de otras formas de conocimiento donde la gente desde sus contextos locales puede construir “mundos más humanos, así como cultural y ecológicamente sostenibles” (Escobar, 2005), sin la necesidad de estar mediados por el conocimiento de un experto. Esta noción es relevante para analizar los modelos de intervención y administración de la pobreza en tanto permite desde una mirada crítica volver a ubicar a los “pobres” como sujetos con conocimiento y agencia para administrar sus propias vidas y reconstruir su mundo. Desde este enfoque se evidencia “la necesidad de multiplicar centros y agentes de producción de conocimientos –particularmente, hacer visibles las formas de conocimiento producidas por aquéllos que supuestamente son los “objetos” del desarrollo para que puedan transformarse en sujetos y agentes” (Escobar, 2005: 20).

Un aspecto central que aborda Escobar es el análisis de las formas de subjetividad que son fomentadas por el discurso del Desarrollo, “aquellas por cuyo intermedio las personas llegan a reconocerse a sí mismas como “desarrolladas o “subdesarrolladas” (Escobar, 1996: 31). Lo importante aquí es pensar cómo las representaciones que se configuran en el discurso del desarrollo acer-

ca de los pobres y en general acerca del Tercer Mundo, también contribuyen a la forma como los sujetos del desarrollo se ven a sí mismos.

En el caso de la pobreza podríamos pensar que aunque ésta no es invisible, su existencia se ha convertido en un hecho “natural” y por tanto es asumida principalmente como una causa de la imposibilidad de desarrollo, como un obstáculo, antes que como un efecto del sistema que éste sustenta, de la exclusión, la violencia y los órdenes económicos. En este sentido, al invisibilizar los efectos de dominación del orden social, y al mismo tiempo legitimarlos, se cae fácilmente en la consideración de que la responsabilidad de la pobreza, es del “pobre” mismo.

En este sentido, la perspectiva del presente trabajo se acerca a lo que plantea Fassin cuando expone: “No voy entonces a describir las desigualdades y su traducción en los cuerpos, sino a analizar cómo han sido construidas y tratadas socialmente a través de las representaciones y prácticas políticas dirigidas hacia los sectores de la sociedad que sufren dichas desigualdades” (Fassin, 1999: 31). Esta propuesta permite hacer visibles las formas e implicaciones de esa construcción social de la pobreza, dando una mirada a la “ayuda” como un producto de procesos históricos atados a la transformación del concepto mismo de pobreza que, a su vez, genera prácticas que contribuyen a la re-configuración y reproducción de formas y criterios que se definen para ubicar y nombrar a los “beneficiarios” dentro de esquemas como el de “pobre”, “población vulnerable”, “población en riesgo”, etc. Vemos entonces, que la asistencia constituye algo así como una institucionalización de la caridad (Robert, 2001), que encontró su sustento de legitimación en la consolidación del discurso del desarrollo y en la “problematización” que este mismo hace de la pobreza.

Esa transformación de los pobres en asistidos, y los efectos de la institucionalización de la intervención, han sido objeto de críticas por autores como Rahnama, quien evidencia la manera en que la sociedad de los “no-pobres” ha reducido “la pobreza a un simple paquete de carencias, a una especie de deficiencia casi congénita, naturalizada y finalmente, aunque no sea admitida como tal, a una



inferioridad de hecho”<sup>1</sup>. Los aportes de este autor en el campo del análisis del concepto de pobreza ahondan en temas como las diversas formas de pobreza existentes, la diferenciación entre pobreza y miseria, la problematización del tema de la “ayuda a los pobres” y el lugar de los “pobres” en la gestión de su propia vida, identificando así el tema de la “ayuda” como parte del problema mismo de la pobreza.

En esta misma línea el trabajo de Garcia y Cherfas (2006) realiza aportes sobre las implicaciones políticas de lo que se reconoce como trabajo humanitario y de desarrollo que “Generalmente se refiere a los esfuerzos de profesionales, algunos nacidos en países “occidentales pacíficos”, para promover el “bienestar” de la gente en territorios donde las condiciones son menos favorables y más violentas, y el conflicto o la desigualdad son frecuentes- (Garcia y Cherfas, 2006: 69). Dentro de los debates sobre la ayuda y el trabajo humanitario, Garcia y Cherfas analizan cómo “la ayuda” se convierte en una manera de control social “que impide a la gente reclamar cambios en su ambiente social por sí misma, de manera que es la agencia humanitaria que los apoya quien los representa (evitando que sean las propias gentes las que se representen a sí mismas). Recientemente, Peter Walker ha proclamado que “el humanitarismo debe abandonar su bagaje occidental y reinventarse a sí mismo como un verdadero movimiento global (Garcia yCherfas, 2006: 69).

Estos enfoques críticos de la administración y lucha contra la pobreza, apuntan a hacer visibles las formas como son subordinados los conocimientos y capacidades locales para la gestión de su mundo. Evidencian cómo el “experto” inserto en una geopolítica del desarrollo, deslegitima la posición del “pobre” en la intención de darle voz, representar y suplir sus necesidades. En el caso aquí analizado proponemos tres ejes desde los cuales se pueden leer las transformaciones en las experiencias de los habitantes de Mandela en medio de un contexto de intervención y ayuda para superar el hambre en el barrio.

El primer eje presenta la atención propiciada por los comedores comunitarios, lo cual evidencia cómo se transforma el lugar que

ocupa la alimentación en las dinámicas cotidianas de la familia, los roles de género y la autonomía. En los comedores lo que se come, cómo se prepara y en qué momento se alimentan, pasa a ser decisión de quienes brindan la ayuda. Así la alimentación pasa al ámbito de lo público, la mujer es la que debe salir de su casa a los comedores comunitarios en la búsqueda del alimento y, si es del caso, debe contribuir con su trabajo para llevar alimento a su hogar.

El segundo eje trata la modalidad de trabajo por alimentos y las relaciones establecidas entre profesionales “expertos” y beneficiarios. Aquí se evidencian las representaciones que los cooperantes o administradores de los proyectos construyen sobre los “beneficiarios”, extendiendo las carencias materiales vividas por estos sujetos a una serie de carencias espirituales, de capacidades y conocimientos que les permitan gestionar autónomamente sus propias vidas.

Finalmente está el caso de los desplazados, personas campesinas en su gran mayoría, que deben transformar de manera drástica su relación con la alimentación y en general su proyecto de vida en medio del desarraigo y su nuevo rol como “beneficiarios” de la ayuda humanitaria.

### **3. Comedores: resolviendo necesidades en la inmediatez**

En la casa de la encargada de uno de los comedores comunitarios todos los días se cocina la colada para el desayuno de los niños que atiende la organización. Antes de las 8:00 a.m. se baja la colada a la sede comunitaria donde empiezan a llegar los niños por su desayuno. En este comedor la alimentación tiene el carácter de “recuperación”, pues es específicamente para niños con algún grado de desnutrición, los alimentos son fortalecidos con suplementos alimenticios. Los niños van llegando con sus madres o sus hermanitas mayores, algunos van con su “chocorito”<sup>2</sup> para que les den la colada de su hermanito que está enfermo en casa. La coordinadora del comedor lleva una lista de los asistentes por jornada, quienes dan un aporte de 200 pesos. Cuando todos desayunan, ella va a visitar a las madres que hace varios días no llevan sus hijos al co-

medor. Mientras tanto, en su casa, su hermana y una vecina ayudan con la preparación del almuerzo que, a las 11:30 a.m. es llevado a la sede comunitaria, a esa hora los niños regresan de nuevo por su porción de comida.

En la historia de este programa de recuperación de niños con problemas de nutrición han estado presentes tres organizaciones internacionales (El Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad MPDL, Tierra de Hombres TDH y el Programa Mundial de Alimentos PMA). Una de ellas apoyó en la construcción de la sede comunitaria, la otra aportó en la capacitación a algunos líderes, y actualmente el PMA apoya con la donación de alimentos básicos para el comedor. La subsistencia de este programa es posible también gracias al aporte realizado por algunos particulares que “apadrinan” niños del barrio y además por la fuerza e insistencia de sus coordinadoras, quienes en muchos casos deben realizar actividades para recolectar los fondos necesarios para comprar los alimentos del comedor.

Los comedores comunitarios son muy importantes en el barrio, en ocasiones se puede encontrar más de uno por sector, todos tienen diferentes fondos de los cuales se abastecen; uno de los principales es el PMA, cuando éste se retrasa en la entrega de los alimentos, los comedores del barrio pueden estar sin servicio por varias semanas. Este es el caso de Nueva Colombia<sup>3</sup>, un comedor para niños en edad escolar que atiende en su programa a más de 200 niños. Allí la comida parece multiplicarse, pues en muchas ocasiones logran comer las madres de los niños o incluso van con una olla a comprar dos almuerzos “de a 500” para llevar a la casa donde son repartidos a toda la familia.

En Nueva Colombia, a partir de las 11:30 de la mañana, se hace una fila para ingresar. Una mujer se ubica en la puerta con un cuaderno y una bolsa de monedas; al entrar cada persona dice su nombre y qué cantidad de almuerzo quiere. Las posibilidades son “de a 200, de a 300 o de a 500”. La fila suele detenerse cuando le toca el turno a algún niño que quiere comer pero no tiene los doscientos pesos; después de algunas disertaciones el niño pasa y la entrada continúa. Este comedor es especial, no sólo por la

cantidad de niños que atiende sino porque, como muchos otros en Mandela, es administrado por comunidades cristianas, lo cual le agrega el componente evangelizador a su funcionamiento. En estos comedores opera una especie de intercambio que podríamos llamar “comida por devoción”. Allí la labor comunitaria que emprenden quienes administran el comedor, no sólo consiste en la alimentación sino también en la evangelización, así que para participar de ese programa es necesario acomodarse a las prácticas religiosas profesadas por sus administradores; hecho que, en algunos casos, llega a ser de carácter impositivo, pues como lo expone una de las mujeres que trabaja allí, “*quien no ora, no come*”.

El PMA aporta generalmente alimentos básicos como arroz, granos y aceite. Las personas que coordinan los comedores deben buscar recursos por otros medios para complementar estos alimentos de base. Es así como con el aporte de 200 ó 300 pesos, que hacen los usuarios del comedor, se compran los alimentos que complementarían los aportes del PMA. Dependiendo de la situación, el complemento puede llegar a ser atún o algún tipo de carne, y en otras ocasiones sólo un guiso o algún condimento para cocinar los granos o el arroz. Existen días en los que muchos de los beneficiarios no pueden hacer su aporte y se recolectan sólo \$7.000, o si acaso \$8.000, para un promedio de más de 100 personas que se alimentan allí.

La alimentación que proporcionan los comedores en el barrio es básica, su funcionamiento es en muchos casos irregular, debido a que los recursos de los cuales dependen no siempre están a tiempo; por lo tanto en muchas ocasiones estos comedores se encuentran cerrados, lo que acrecienta la constante incertidumbre del “qué hay para comer hoy”.

Aspectos de la vida diaria, que para muchas personas son considerados del ámbito privado, del interior del hogar, en estos contextos de intervención pasan a ser parte de lo público, de lo comunitario, condicionados por las formas como los diferentes proyectos y programas son administrados y por quienes son coordinados –líderes, madres comunitarias, funcionarios públicos–. En este barrio el desayuno de un niño está condicionado a una

previa inscripción y al cumplimiento de los requisitos necesarios para ingresar a determinado programa. Como lo plantea Austin Sarat, quien realiza una investigación sobre la conciencia jurídica de los pobres que viven de la asistencia social en dos ciudades de la región de Nueva Inglaterra, “Para aquellas personas que viven de la asistencia estatal, el derecho se encuentra presente en las transacciones y en los eventos más simples de sus vidas; algunas de sus necesidades más urgentes dependen para su satisfacción de las normas y las prácticas jurídicas” (Sarat, 2001: 219).

Una de las transformaciones más visibles en el barrio, en términos de la alimentación, es entonces esa incursión, en el escenario público, de muchos aspectos generalmente considerados del ámbito doméstico, familiar o privado. Si bien las sociedades posicionan la práctica de la alimentación como un escenario para el encuentro colectivo, la alimentación cotidiana posee un sustrato principalmente doméstico y familiar, donde se toman decisiones como: qué comer, cómo preparar los alimentos, a qué hora se come, cómo se come, etc. En contextos de intervención como Nelson Mandela encontramos que las respuestas a todas estas preguntas pasan a ser decisiones de los coordinadores de los diferentes proyectos de asistencia alimentaria, es decir, pasan a ser un asunto público. Así, inscribirse en una lista, presentar la certificación de que se es desplazado, alcanzar un límite de edad, son todos pasos necesarios en la cotidianidad del barrio para acceder en muchos casos a un plato de comida.

En otro sentido los hábitos del interior del hogar, como las formas de preparación, las dietas tradicionales, los gustos familiares y regionales pasan a un segundo plano cuando se trata de evitar la desnutrición o calmar el hambre en el contexto de un comedor comunitario. En este aspecto se pone en escena el debate entre el conocimiento técnico y el conocimiento local. Los habitantes del barrio hablan de sus prácticas cotidianas en sus antiguos contextos, como algo del pasado: ¿qué alimentos había?, ¿cómo se preparaban?, ¿qué se acostumbraba comer y qué se consideraba saludable o no? En el contexto de los proyectos de asistencia alimentaria, lo que se pone en juego es un conocimiento técnico, específicamente desde

las ciencias de la nutrición y la salud, para establecer qué dieta es necesaria y qué prácticas de higiene y preparación son las adecuadas a la hora de manipular los alimentos y alimentarse.

En los comedores comunitarios, y en la mayoría de los programas de las organizaciones presentes en el barrio, las poblaciones “objetivo” o “beneficiarias” son los niños, jóvenes, madres lactantes o adultos mayores; lo que hace que el asunto de la alimentación en los adultos –a secas– sea mucho más complicado. Para los adultos existe una posibilidad: la modalidad de “trabajo por alimentos”, una forma de intercambio que, en muchos casos, es al mismo tiempo un aporte a la organización para la cual se trabaja y un trabajo comunitario. Es aquí donde parece estar el punto de discusión, pues si bien esta modalidad de trabajo puede constituir una alternativa, se convierte, también, en una forma de reducir las personas a “su necesidad”.

#### **4. Trabajo por alimentos: negociaciones entre expertos y beneficiarios**

El “trabajo por alimentos” busca, en la mayoría de los casos, voluntarios para el trabajo comunitario. El pago es la ayuda que la organización hace a la comunidad y el puente es aquel voluntario que recibe a cambio, un alimento. Se trata de una forma de intercambio en la que la organización aporta a la comunidad los insumos para la fabricación de los alimentos y la comunidad pone la mano de obra en múltiples tareas. Un caso similar es el de las mujeres que trabajan en los comedores. Uno de los testimonios de estas mujeres señalaba la modalidad del “trabajo por alimentos” como una alternativa que le brindaría la posibilidad de asegurar, por lo menos el arroz en su casa. Sin embargo su expectativa nunca fue satisfecha pues trabajó durante tres meses seguidos y los alimentos que correspondían al pago por su trabajo, nunca llegaron. Ella decidió salirse del programa y nunca recibió su parte del acordado intercambio.

Otra modalidad de “trabajo por alimentos” operó durante la construcción de uno de los colegios más importantes del barrio,

parte de un macro proyecto llamado “Sueños y Oportunidades”, financiado por la fundación Fescol y administrado por la fundación Julio Mario Santo Domingo. Gran parte de los obreros fueron habitantes del barrio que recibían cada mes, a cambio de su trabajo, un mercado. Según algunos “beneficiarios” de este programa, la razón por la cual se implementa esta modalidad de pago tiene que ver con la representación que la Fundación tiene de los habitantes del barrio. Una representación que los ubica como incapaces de hacerse responsables de sus vidas y ve en el pago con alimentos una forma de asegurar que los padres cabeza de hogar no se gasten el sueldo en otras cosas (trago, mujeres) y dejen de llevar lo más importante a su casa: el mercado.

En el caso del proyecto “sueños y oportunidades” y del intercambio en los comedores, se hace explícito un aspecto importante en la dinámica de la asistencia y es la forma como se definen las reglas en la ejecución de un proyecto y las formas como los aportantes construyen representaciones sobre sus “sujetos de ayuda”. Lo que se ve, entonces, es una ausencia de concertación de estas reglas con la comunidad y, en la mayoría de los casos, la imposición de las mismas por las instituciones. Por otra parte, en esa modalidad empleada en el caso del colegio aparece explícita una representación que la institución se hace de los habitantes del barrio, en la cual se minimiza la capacidad que éstos tienen para gestionar sus propios recursos y necesidades, y sus prioridades para gastar sus ingresos. Es claro que en esta forma de pago se les está negando la autonomía para manejar su dinero e incluso para decidir qué alimentos consideran de su gusto, y cuáles no.

Las lógicas bajo las cuales opera la ayuda obedecen, en gran medida, a concepciones generalizadas de la pobreza, en la cual ésta ya no es asociada simplemente a un conjunto de carencias materiales, sino también a privaciones sociales, espirituales, mentales. En este sentido las personas que en diferentes contextos son definidas como pobres, son sujetos de una cantidad de estigmatizaciones; como dice Fernández (2000) la pobreza “comporta igualmente un estatus social específico, inferior, desvalorizado, que marca profundamente la identidad de aquellos que la padecen. Los pobres no

están sólo privados de recursos económicos, sino también de influencia política y de reconocimiento social” (Fernández, 2000: 31).

La alimentación cotidiana en este barrio está constantemente atravesada por la administración de recursos, proyectos, agendas y por la presencia de intermediarios que coordinan, lideran y ejecutan los proyectos. Si bien la alimentación es una experiencia que se comparte como comunidad, ponerla en común con “otros” extraños de otras regiones, en el caso de los vecinos, o de otros países, en el caso de quienes intervienen, genera una dinámica particular dentro del barrio donde se transforman roles y prácticas cotidianas.

El hecho de que una comunidad dependa de la asistencia para satisfacer aspectos básicos de la vida diaria hace que los beneficiarios y sus vidas terminen siendo, al igual que los proyectos, “controlados”, “evaluados” y “fiscalizados”. Aquí se ponen en juego nuevamente esos movimientos de la frontera entre lo público y lo privado; definir qué se come, cómo se come, a qué horas se come, de qué manera preparar los alimentos, cómo mantener y asear su casa, son todos aspectos que están mediados por la opinión de un “experto”.

Las formas como son “controlados” los habitantes y sus cotidianidades se ponen en evidencia a través de la intervención no sólo en el ámbito de la alimentación, sino también en el de la sexualidad, la salud, las relaciones familiares y de pareja. Lo problemático no es el hecho de que se impulsen programas en estos campos, sino que las formas como éstos operan van reduciendo a las personas del barrio, categorizadas como “pobres”, “vulnerables” y “víctimas”, a la dependencia de “otros” intermediarios-expertos para ayudarles a resolver su vida cotidiana. Esto muestra cómo esas prácticas de la asistencia en muchos casos contribuyen a difundir y reproducir estereotipos e ideas sobre lo que es *ser* “pobre”, donde quienes son identificados bajo este calificativo son, a su vez, asumidos como sujetos disfuncionales, desvalidos e incapaces para gestionar sus vidas. Este hecho es evidente en un caso vivido dentro del barrio, a través de un conflicto generado entre una funcionaria del Dadis (Departamento Administrativo de Salud Distrital) y una familia del barrio:



Después de un contacto inicial con la familia, la funcionaria realiza diferentes visitas y define un diagnóstico de la situación de la primera, el cual termina con la recomendación de enviar los hijos de ese hogar al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), si las condiciones no cambiaban. No se trata aquí de establecer quién tenía la razón en dicho conflicto, sino de hacer visible la manera como los “pobres” son sujetos de “control” en tanto son caracterizados como vulnerables, categoría que en muchos casos parece convertirse en sinónimo de “incapaces”.

Cuando llegué a la casa de esta familia, proveniente del Sur de Bolívar, para tener una conversación con ellos y posiblemente grabarla, ellos me cuestionaron en seguida sobre las intenciones de esa entrevista, pues ya les había sucedido que personas ajenas al barrio llegaban a pedir una entrevista y la entrevista terminaba en otras cosas. Así comenzó narrando el incidente el esposo:

*Pero resulta que la entrevista se fue a muy larga cosa, que inclusive que hasta que un día que la casa estaba sola llegó aquí y fue hasta donde una señora a decir que esto estaba mojado, que esto estaba sucio, de que esto era un desorden, que la ropa sucia, que los chócoros sucios, o sea que eso se formó, mejor dicho, un escándalo grande. También una muchacha de la universidad, yo ignorantemente, que ella viene, o sea, yo pensé que era una promotora de salud, me dijo: señor, necesito que me dé una entrevista. El nombre de las personas, cuántas personas viven, cuántas personas hay aquí, qué hacen, qué no hacen, bueno una cantidad de cosas y resulta que eso se fue a más allá de lo que uno pensaba, no fue como una entrevista sino, o sea... como a meterse en la vida privada de los otros, ya?. Sí porque, ¡jaja! nosotros somos pobres y uno como pobre no quisiera vivir uno en... en... en lo sucio, en la basura, porque ¡jaja!, si por decir algo está llovido ese patio tiene que estar ahí sucio lleno de barro lleno de todo, culpa no es de nadie, no tengo para ponerle un buen relleno, entonces ella vino y así que eso se formó fue un escándalo, ¡mejor dicho!*

*Uno más bien está en un espacio de violencia, porque figúrese, no tiene trabajo, los niños le lloran de hambre, no quiere tener su ropa sucia, no tiene con qué lavarla, la casa se le humedece, no tiene*

*cómo arreglarla, entonces ya esas son situaciones que lo ponen a uno incómodo y vienen terceras personas a incomodarlo, uno tiene que ser violento. Sino que muchas personas no entienden, creen que nada más es imponer leyes y ya. (Campesino del Sur de Bolívar, habitante del barrio Nelson Mandela).*

En este punto entra en juego la relación de las comunidades con el “experto”. El saber y la competencia social que poseen los “asistidos” parecen no existir para los “expertos”. Ni los conocimientos que los desplazados traen consigo del campo, ni aquellos que poseen los “pobres” oriundos de la ciudad parecen ser válidos, ambos son sometidos a esa *educación para la vida cotidiana* proporcionada desde el conocimiento técnico. En este caso, además de la pérdida de autonomía se pone en juego esa categorización de los habitantes del barrio como “población vulnerable”, categoría que implica no sólo asistencia sino también control y vigilancia.

La dimensión pública en la que se posiciona la vida privada de los sujetos asistidos, el hambre y la alimentación desde sus prácticas de intervención, están configurando nuevas subjetividades en las personas que llegan del campo a la ciudad acostumbrados a prácticas de subsistencia y autonomía para enfrentarse a un cambio de lugar en la relación con su alimentación y la gestión de su vida cotidiana.

##### **5. Desplazado: ¡uno no está acostumbrado a que le den!**

Para las personas que llegan a Mandela como desplazados, representarse como sujetos vulnerables y necesitados de “ayuda” implica un proceso complejo. La mayoría vienen de tus tierras donde se dedicaban a la labor de la agricultura que establece una relación con los alimentos muy diferente a la que enfrentan en su nueva situación.

Adicionalmente, la ambigüedad de su situación para el 2002, donde aún no se reconocía a los desplazados que no hubieran hecho su declaración en el primer año que ocurría el destierro, ubicaba a estas poblaciones en la frontera entre la pobreza y la

victimización. En esta experiencia, estos campesinos vivían un encuentro de frente con el estado, sus políticas de reconocimiento y la representación como sujetos o de la asistencia esperando “limosnas” y ayudas de emergencia, o como sujetos de derechos a los que se los habían violado en un contexto de guerra y debían ser reparados; esta última noción no se visibilizaba para ese momento en Mandela.

*El 90 % de las personas que entra aquí son desplazados, pero que no ha hecho las gestiones de..., o sea que no reconocen como desplazados, como también hay ciertas personas que no han sido desplazados de otros departamentos sino de aquí mismo y son desplazados, porque han hecho el papel de desplazados. Para aquí el único desplazado es el que tiene el papel. Sea de aquí o no sea, porque aquí hay personas que son de aquí de Cartagena y tienen el papel de desplazado y tenemos personas que si en verdad venimos desplazados y no nos reconocen como...” (Campesino desplazado del Sur de Bolívar).*

La satisfacción de las necesidades relacionadas con la alimentación, no sólo se debate en relación con el tipo de alimento que se proporciona, sino también en las formas como se pone en práctica el hecho de “dar” y “ayudar”. Lo que principalmente se experimenta a la hora de verse asistido en aspectos tan cotidianos como el de la alimentación, es una dependencia que en muchos casos va en contra de las costumbres de las personas del barrio. Tal es el caso de las personas dedicadas a las labores del campo y la agricultura quienes han tenido una relación con los alimentos muy diferente a la que deben enfrentar cuando llegan a la ciudad. Así lo expresaba un campesino de Sucre cuando hablaba sobre su condición, después de 4 años de llegar como desplazado a Cartagena:

*Uno siempre sigue siendo desplazado porque uno no tiene el medio de trabajo, cuando uno tiene trabajo, cuando uno tiene empleo, cuando uno tiene el apoyo de un gobierno uno se siente ya... se le*

*va olvidando poquito a poco eso porque uno va siendo autónomo, uno no está atendido a nadie. Por lo menos el campesino, a mí por lo menos jamás y nunca me ha gustado estar atendido a nadie, yo se los decía a la alcaldía, se lo decía a la jefe de desplazados, a la directora, -no estoy pidiéndoles aquí porque yo quiero porque estoy acostumbrado a pedir no, yo no- Mi papá me enseñó a trabajar a la edad de ocho años, y me decía “mijo esa es su rosa, ese es su cultivo y siémbrelo y trabájelo y eso es suyo”; aunque después mi papá me dijera mijo voy a coger de lo tuyo. Pero yo nunca fui acostumbrado a pedir, entonces eso le da a uno como vergüenza, como rabia, ¡le da de todo!, que uno tenga que estar mendigándoles, uno no tiene porqué estar mendigando, uno está acostumbrado a trabajar. (Campesino de Sucre, habitante del barrio Nelson Mandela)*

Tal vez esa necesidad nunca resuelta es una de las que más agobia a muchos de los habitantes del barrio que no ven en la intervención de las diferentes organizaciones un horizonte claro para resolver su problema. Si bien las personas del barrio agradecen y aprovechan esas ayudas, se sienten dependientes de esa forma de asistir e incluso se ven enfrentadas a una situación de inestabilidad pues el programa del que dependen en cualquier momento puede ser cerrado por falta de recursos o porque “se terminó el proyecto”. En efecto, los proyectos de cualquiera de las organizaciones de asistencia tienen un límite de tiempo y, por lo general, no se generan posibilidades para asegurar la alimentación a largo plazo.

*Lo cierto es que hasta el presente, yo no sé cómo es que hay una gente que dice que después de que uno pasa de seis, siete, ocho años, de estar en una parte ya deja de ser desplazado, yo digo que eso es una carreta, que eso es mentiras, por qué Natalia digo que es mentiras, porque su habitual de uno, no cambia, yo por lo menos digo la realidad, es que yo aquí no soy el mismo que era cuando estaba allá en mi tierra, yo aquí soy como un muerto que habla. A mí aquí no me dan ganas de nada, no me dan ganas de salir. Principalmente aquí no consigue uno un trabajo, no*

*tiene nada que hacer, sino que eso es siempre como el mendigo, mendigando, a ver donde, consigo algo que hacer, trabaja uno tres días, trabaja quince días y ya listo no hay mas nada. Y más uno cuando uno no está acostumbrado a que le den, sí que es más difícil la situación, porque es que yo no estoy acostumbrado a eso de estar allá tocándole puerta a una entidad, ahí me dicen, no hombre que la red de solidaridad, da, hombre da, pero es que a mí me da pena, estar allá pidiendo, yo deseo que me den un trabajo, que yo con un trabajo pues yo sobrevivo, y mantengo a mi familia. Yo todavía puedo trabajar. Pero qué va, esto aquí... esto es como el infierno. (Campesino desplazado de Urabá, habitante del barrio Nelson Mandela).*

Para las personas desplazadas que se ven enfrentadas por primera vez a ser “beneficiarias” de programas donde se les brinda alimentación hay una percepción de inutilidad de esta ayuda. Los campesinos se identifican como personas capaces para adquirir sus propios alimentos y resolver sus necesidades, en esta medida sus demandas apuntan a un apoyo para restablecer sus contactos, redes sociales y capacidad para moverse en la ciudad que les permita encontrar un trabajo y poner en práctica sus saberes o acceder a otros nuevos para adecuarse a las demandas de la ciudad. Para muchos este tipo de acompañamiento ha sido insuficiente, lo que los ha dejado en una situación de receptores de múltiples ayudas y programas que llegan de manera desarticulada al barrio con sus propuestas, las ejecutan y se van.

Autores como Ana María Ibáñez, quien ha realizado una mirada económica al desplazamiento forzado, plantea que la población desplazada no solo es víctima del conflicto armado sino que se convierte en víctima de la pobreza, envuelta en lo que los economistas llaman “una trampa de pobreza” en tanto destruye los procesos productivos de la persona que es víctima y terminan ingresando a los círculos de pobreza urbana sin sus activos productivos, con un conocimiento experto en el tema agrícola que no pueden aplicar en el contexto urbano. Los desplazados se ven enfrentados a una pérdida de capital humano, de sus redes sociales, las organizaciones

que les servían de respaldo y se encuentran en la ciudad sin un horizonte para reactivar sus actividades productivas, pasando de ser personas independientes y productoras de su sustento, a personas que se convierten en dependientes de la asistencia. Se enfrentan con la pobreza, la informalidad y la supervivencia (Ibáñez, 2008).

Si bien se reconoce que se han hecho importantes esfuerzos en cuanto a políticas para atender a la población desplazada, el problema consiste en que muchos de los lineamientos de esa política no se cumplen y termina configurándose una política asistencial. Ana María Ibáñez, en su trabajo, muestra que la población desplazada no logra recuperarse con toda la “ayuda” del Estado y se ve enfrentada a un detrimento de sus condiciones económicas que terminan incrementando la desigualdad, llegando incluso a condiciones de pobreza que se comparan con la indigencia. En este sentido, la ayuda debería reconocer la necesidad de reactivar productivamente, restituir las pérdidas a la población y no reducirla a los programas de atención humanitaria.

### **Sujetos de ayuda: entre la pobreza, el desplazamiento y la victimización**

*“Esa plata se queda en esa burocracia, que han aprovechado todos estos desplazamientos, a esa gente le han servido mucho. Para ellos, y para ellos con toda sinceridad te digo, para ellos no es lógico que se acabe la guerra, porque es que para mí, los guerrilleros son esos los que viven de ella, pero los que sufrimos de ella no queremos que haiga guerra, yo por lo menos soy uno. Yo no quisiera que hubiera guerra, porque no quiero, porque es que yo estoy sufriendo las consecuencias de esa guerra, el rigor de ella. A mí no me han matado un hijo, pero nos tocó salir corriendo, sí, y si nos tocó salir corriendo, estamos aguantando hambre, por qué la voy a querer..., no la quiero, porque es que a mí no me beneficia en nada, entonces los que aman la guerra son aquellos que se están beneficiando de ella”. (Campesino desplazado de Urabá, habitante del barrio Nelson Mandela).*

En estos contextos de intervención, como el presentado en relación con la alimentación en el barrio Nelson Mandela, las personas, al ser reducidas a su necesidad, ven cooptadas las posibilidades de auto-gestión y movilización. Si bien también hay formas de respuesta e interacción de parte de las poblaciones “beneficiarias” en estos contextos, sus respuestas generalmente se dirigen hacia un acomodamiento que les permite acceder de alguna manera a cierto reconocimiento. En este sentido Rahnema propone cuestionar las formas como se ayuda a los “pobres”, en tanto lo que esas formas generan, antes que la eliminación de la pobreza o el mejoramiento de las condiciones de vida, es la incursión en la miseria, una condición que el autor identifica como consecuencia de las formas de “ayuda” y que tiene un sentido diferente al de la pobreza.

La miseria representaría una condición completamente diferente. Ésta expresa la caída en un mundo sin referentes donde el sujeto se siente repentinamente despojado de todas sus fuerzas vitales individuales...y sociales que le son necesarias para hacerse cargo de su propio destino. Desprovisto de sus medios de defensa y sumido en un estado de impotencia total, el sujeto escindido así en su cuerpo y alma, nos recuerda la suerte de un naufrago en peligro de muerte que podría ser eventualmente salvado solo por un salvavidas lanzado por otros.<sup>4</sup>

Vemos entonces cómo las tentativas de intervención y de transformación de ciertos fenómenos sociales en muchos casos terminan contribuyendo a la reproducción de los mismos fenómenos reafirmando esquemas de poder, donde el saber legítimo, que posibilita la construcción de soluciones, solo puede ser pensado como capital exclusivo de quien “lanza el salvavidas”, de quien va a salvar a ese “naufrago” que se queda sin otra alternativa social que esperar la “ayuda”.

Aquí son importantes los aportes de la antropóloga Veena Das, quien ha tenido “una preocupación constante por la dignidad humana, aún en los contextos más adversos, violentos y degradados” (Ortega, 2008: 17), dentro de sus preocupaciones está el lugar de las personas en la reconstrucción y reparación de sus

vidas y contextos devastados por la violencia. El trabajo de esta autora propone trascender la idea de la pasividad de la víctima y reconoce formas de resistencia y reconstrucción que se gestan en el día a día de esas mismas personas vulneradas por la guerra y la pobreza.

Una consecuencia evidente de las formas de incursión de la asistencia en el escenario local es la configuración de un “constante estado de emergencia”. La emergencia constituye un estado donde la inmediatez tiene un papel central pero a su vez, otro aspecto importante es su carácter transitorio, este último supone que la emergencia termina después de la acción inmediata de la que fue objeto. En este sentido, si hablamos de la emergencia como un estado transitorio, parece paradójico hablar de un “constante” estado de emergencia, cuando lo que anima las formas de intervención es precisamente lograr que ésta desaparezca.

Esta paradoja constituye, pues, una de las consecuencias de las formas como opera la asistencia en contextos como el aquí descrito. Entre otros elementos que caracterizan ese “constante estado de emergencia” encontramos la relación entre dependencia e inmediatez. A pesar de que la intención de muchas organizaciones es plantear formas duraderas de asistencia, las dinámicas mismas del barrio muestran otra relación. Mientras los proyectos funcionen y tengan una cobertura, algunas necesidades de un determinado número de personas son suplidas, pero cuando se culminan los programas, la necesidad y, por lo tanto, la emergencia, continúan presentes. Se crea entonces un círculo vicioso en el que el sentimiento de incertidumbre no desaparece y se crea una dependencia que genera en las personas del barrio una sensación de impotencia. Esto contradice la creencia de muchas personas que piensan a los “pobres” como sujetos habituados a recibir de los otros: “es que esa gente ya se acostumbró a que le den”.

Por otra parte, en la configuración de ese constante estado de emergencia juega un papel importante el tema de la victimización. Ésta opera en un doble sentido, la forma como son caracterizadas las personas “víctimas de la guerra” en un contexto donde la emergencia no desaparece y donde se plantea como imposible



una “solución”, termina entonces configurando un destino: La imposibilidad de dejar de ser “víctima”. La asistencia en muchos casos contribuye a instituir ese destino, el de unas víctimas que no dejan de serlo pues a donde llegan son representadas como tales. Esa representación que se agencia del otro como víctima, priva a ese otro de autonomía sobre su vida y, al mismo tiempo, lo convierte en sujeto de protección. Las representaciones que moviliza el discurso de la asistencia en cuanto a población vulnerable o en riesgo, en muchos casos van guiadas hacia eso que Castillejo ha denominado la “ontología de la víctima”. “En esta ontología el sujeto es ausencia, masificación y momificación generalizante en un mundo donde la ‘cultura’ ha desaparecido. Insertos en el reino de lo infrahumano se debaten entre la paradoja de su vulnerabilidad, centrada en la pérdida del padre protector, y su peligrosidad, centrada en nuestros propios terrores ante lo inteligible” (Castillejo, 2000:224). Se muestra entonces que la historia del sujeto es generalizada e inserta en una ambigüedad de representaciones donde se puede ser damnificado y víctima, a la vez que amenaza y peligro.

Así, más allá de pensar la asistencia como agente de cambios, es necesario develar su sustrato político, un sustrato que, escenificado en los contextos locales y en las cotidianidades de las personas, contribuye a configurar nociones sobre los “otros” “pobres”, “desnutridos” o “vulnerables”, que permiten una suerte de despolitización de las poblaciones “beneficiarias” y sumergirlas en unos estados de constante emergencia que generan dependencia. Es importante desnaturalizar el lugar “indispensable” en el que los organismos de cooperación y asistencia han sido posicionados en el tercer mundo y analizar más bien de qué manera intervienen y qué efectos sociales producen en nuestros contextos locales; así como desnaturalizar el lugar de víctimas “dependientes” en el que se ubica a los beneficiarios de programas de asistencia social, una posición que genera en última instancia la despolitización misma de la noción de víctima.

Las experiencias de los habitantes de Mandela en relación con la administración de la pobreza, da cuenta de las formas como se velan procesos históricos de marginación y vulneración de derechos

por la vía del desplazamiento en un contexto de guerra. Reducir su experiencia de sufrimiento, hambre y precariedad a una simple carencia material que se resuelve dando un mercado o un plato de comida, reduce y condena a estos sujetos a vivir en un ciclo de necesidad y ayuda que nunca se cierra, afectando la dignidad y el reconocimiento de los habitantes del barrio como sujetos legítimos en la interlocución, formulación y demanda de soluciones más duraderas.

Así, el hambre en el barrio se evidencia como un problema que sólo parece posible “controlar” mas no solucionar; pues durante más de 10 años de existencia del barrio y con el paso de diferentes instituciones del Estado y no estatales, el problema de la alimentación ha sido y sigue siendo central. Como lo señala Didier Fassin “actualmente se considera prácticamente imposible luchar contra las desigualdades. Sólo se lucha contra sus consecuencias más visibles (...) dentro de este paradigma, el margen de acción de los agentes locales es muy restringido” (Fassin, 1999). Así, la cotidianidad de la alimentación en el barrio constantemente se transforma y se debate en la inmediatez. Se transforma al ritmo de los proyectos y políticas de asistencia y de las estrategias ingenieras por la gente para sobrevivir.

Finalmente retomo una reflexión propuesta por César Abadía, quien resalta la importancia de considerar el tiempo en nuestros trabajos de campo y nuestras investigaciones y su relación con el lenguaje y con el sufrimiento (Abadía, 2008); esta invitación apunta a comprender cómo cambian las experiencias de los sujetos con quienes trabajamos y cómo se transforman las realidades que estudiamos. En este caso es muy importante reconocer que la experiencia de precariedad, pobreza y fragmentación por efecto de la guerra y la relación que los habitantes de Mandela entablan con los proyectos de intervención, se ha transformado durante estos años en los que las representaciones sobre el desplazamiento, las víctimas de la guerra y la pobreza en Colombia han ido mutando a la par de los modelos de atención y los marcos jurídicos que asignan derechos a estos sujetos. Ello nos invita a encontrar en estos ámbitos de lucha por el reconocimiento y la dignidad un escenario de gran

fertilidad para continuar estudiando las formas como siguen siendo representados estos sujetos de la “ayuda” en contextos como el del cartagenero barrio Nelson Mandela.

### Notas

- 1 “...réduire la pauvreté à un simple paquet de manques, à une espèce de déficience quasi congénitale, naturalisée, et finalement, même si ce n’est pas avoué comme tel, à une infériorité de fait” (M.Rahnema, 2005). Traducción libre.
- 2 Recipiente
- 3 Algunos nombres de los comedores y sus coordinadoras han sido cambiados en este texto.
- 4 La misère représenterait par contre une toute autre condition. Elle exprimerait la chute dans un monde sans repère où le sujet se sent soudain dépossédé de toutes ses forces vitales individuelles... et sociales qui lui sont nécessaires pour prendre en main sa destinée. Dépourvu de ses moyens de défense et tombé dans un état d’impuissance totale, le sujet, ainsi brisé dans son corps et âme, rappelle le sort d’un noyé en danger de mort que seule une bouée de sauvetage lancée par d’autres peut éventuellement sauver.

### Referencias

- Bourdieu, Pierre (1988) *Cosas Dichas*. Buenos Aires, Gedisa.
- (1999) *La Miseria del Mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Das Veena (2008) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá, Francisco Ortega Editor - Instituto Pensar, Universidad Javeriana, CES Universidad Nacional.
- Elias Norbert (1998) “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”. *En La Civilización de los Padres y otros Ensayos*. Santafé de Bogotá, grupo editorial Norma y Editorial Universidad Nacional, pp. 79- 138.

Escobar, Arturo (2005) "El postdesarrollo como concepto y práctica social". En Daniel Mato (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, pp. 17-31.

Escobar, Arturo, Sonia E. Álvarez y Evelina Dagnino (Editores) (2001) *Política Cultural y Cultura Política. Una Mirada Sobre los Movimientos Sociales Latinoamericanos*. Bogotá, Tauros, ICANH.

Escobar, Arturo (1998) *La invención del tercer mundo. Construcción y Deconstrucción del desarrollo*. Santafé de Bogotá, Editorial Norma.

Fassin, Didier (1999) "La Patetización del Mundo: Ensayo de Antropología Política del Sufrimiento". En Mara Viveros y Gloria Garay (Compiladoras) *Cuerpo, diferencias y desigualdades*. Bogotá, CES Universidad Nacional.

Fernandez J., Manuel (2000) "La Construcción social de la pobreza en la sociología de Simmel". *Cuadernos de Trabajo Social*, No 13. Universidad Complutense de Madrid.

García del Soto, Arancha y Lina Cherfas (2006) "Representaciones de la acción humanitaria y del trabajo de desarrollo". *Revista Antípoda*, No 2, Enero- Junio. Bogotá, Universidad de Los Andes, pp. 67-90.

Ibañez, Ana María (2008) *Impactos socioeconómicos del desplazamiento forzado*. Ponencia en Seminario Destierro y Reparación. Medellín, Colombia. Museo de Antioquia, Corporación Región. En línea: <http://www.destierro-yreparacion.org/node/144>.

Laguado, Arturo (2002) "Pobreza". En Margarita Rosa Serje, María Cristina Suaza y Roberto Pineda Camacho, (Editores), *Palabras para desarmar*. Santafé de Bogotá. Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

OPS (2002) *Estudio de Perfil Epidemiológico de población desplazada y población estrato uno no desplazada en cuatro ciudades de Colombia*. Organización Panamericana de la Salud/Instituto Nacional de Salud, en línea: <http://www.disasterinfo.net/desplazados/informes/ops/epepv2002/perfil51rescar01info.htm>

Ortega, Francisco (2008) "Violencia Social e Historia: El nivel del acontecimiento". En Revista *Universitas Humanística* No. 66 julio-diciembre, Bogotá, pp. 31-56

Picas C., Joan (2003) "El Mercado de las ONG". En *Revista Historia, Antropología y Fuentes Orales*, No. 29. Barcelona, España.

Rahnema, Majid (1996) "Participación". En W. Sachs (Editor) *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Pratec, Peru, en línea <http://www.ivanillich.org>

----- (2005) *De Quand la misère chasse la pauvreté*. Paris Fayard/Actes Sud. En líneas: <http://alexandrie.esc-rouen.fr>

Robert, Jean (2001) *Auge y decadencia del concepto de pobreza en occidente*. En línea: <http://www.pudel.uni.bremen.de>

Rochietti, Ana María (2000) "La Cultura como Verdad: Pobreza Latinoamericana". *Revista Nómadas*, No. 12, (Trabajo, Globalización e inequidades), Abril. Santafé de Bogotá, DIUC.

Sarat, Austin (2001) "El Derecho está en todas partes: el poder, la resistencia y la conciencia jurídica de los pobres que viven de la asistencia social". En: *Sociología Jurídica: Teoría y sociología del derecho en Estados Unidos*. Bogotá, Editor Mauricio García Villegas, Universidad Nacional de Colombia.

Serje, Margarita Rosa, María Cristina Suaza y Roberto Pineda Camacho (Editores) (2002) *Palabras para desarmar*. Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Universidad de Cartagena (2004) *Diagnóstico social participativo*. Cartagena, Colombia, Universidad de Cartagena, Programa de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. En línea: <http://www.monografias.com/trabajos38/diagnostico-social/diagnostico-social.shtml>.